

Los objetos que soy

Francisca Javiera López Molina

Colecciono sellos postales. Tengo una máquina de escribir roja marca Olivetti que perteneció a mi abuela; Tres cámaras antiguas; Un tocadiscos; Una pequeña radio a pilas y un equipo de música que tiene reproductores para cassettes y cds. Me gusta escribir a mano; siempre ando con una libretita y un lápiz. Leo libros físicos y tengo una pequeña fascinación por los usados. Me agradan las fotografías impresas. A mis dieciséis años quise que mis muebles tuvieran historia; no quería que fueran nuevos. Tuve un escritorio de roble con seis cajones. Mis padres lo compraron en una tienda de antigüedades. Guardo entre mis pertenencias más preciadas unas hojas cafés de los años ochenta. Colecciono revistas antiguas y nuevas. Además, cuido muchísimo un libro de los años veinte que era de mi tatarabuela. El texto, que es de una pieza invaluable, se llama *Industrias del hogar*: es una especie de guía telefónica con datos, crónicas de viajes, tips de belleza y mucho más de Chile. Para ir a la ópera tengo unos binoculares que son de los años cincuenta.

Roberto Herrscher (2021) en la introducción de su libro *La voz de las cosas* expresa que «en un principio fueron las cosas y de las cosas surgió la vida, de ellas brotaron poemas, con ellas se construyeron las ciudades, se irguieron las catedrales y se diseñaron los silenciosos jardines. De las cosas venimos, pero de ellas nos desentendimos, para nuestra perdición» (p. 9). En el libro *La tristeza de las cosas*, por otra parte, María José Ferrada (2017) reflexiona en torno a la memoria de las cosas, las cosas que dejaron los exiliados: «La tristeza de las cosas es diferente a la nuestra. Lloran discretamente. Es una tristeza pequeña pero definitiva [...]. Lápices, máquinas de escribir, cuadernos, paraguas, camisas, fueron abandonados para siempre sobre los escritorios, las mesas y armarios» (p.7). Herrscher indica que las cosas nos llaman, nos preguntan y nos interpelan, «nos traen a la memoria a los que no están y nos indican quiénes somos y quiénes dejamos de ser hace tiempo. Somos nuestras cosas. Las cosas están vivas. Laten. Lloran. Ríen. No nos dejan mentir» (p. 11).

Algunos objetos que he ido heredando representan la memoria, el amor y la pasión de mi abuela por el arte. No obstante, todas mis cosas más preciadas, a las que observo con total detención, simbolizan de dónde vengo y quién soy. Soy, entonces, un conjunto de listas, de nombres, de cosas que se han detenido en el tiempo, de otras que

he dejado, de gustos adquiridos y de sueños que se han materializado en objetos que tengo.

Referencias

Herrscher, R. (2021). *La voz de las cosas*. Ediciones Carena.

Ferrada, M. J. y Carrió, P. (2017). *La tristeza de las cosas*. Editorial Amanuta.